

APOLOGÍA DEL TERRORISMO

Basado en hechos reales

Hola, soy Dios.

El otro día, para celebrar el fin de año, me dejé con-vencer por unos amigos y acudí a una fiesta particular. No me gusta ir a saraos los fines de año, porque uno siempre pone las expectativas muy altas, y luego casi nunca se cumplen. Esta vez no fue una excepción.

Ya sé, ya sé. Dado que soy omnisciente y tengo el don de la ubicuidad, podía haber escogido la mejor fiesta del mundo o, en su defecto, varias de ellas o todas juntas, que entonces seguro que no yerro en mi elección. Pero últimamente tengo un problema con el alcohol y no estoy para muchos trotes, y estar presente en tantos sitios a la vez requiere su esfuerzo de concentración. Así que me dejé llevar por mis colegas, una pandilla de ateos que no creen en nada aunque lo tengan expuesto a un palmo de sus narices. Supongo que por eso me caen bien, supongo. Aunque lo sé todo, yo también tengo mis cosas a las que prefiero no darles muchas vueltas.

Esa noche escogimos Barcelona como lugar de espar-cimiento durante el intervalo que se tarda en cruzar el puente tendido entre un año y otro. Es una ciudad provinciana, pero la gente viste bien. Hablan varios idiomas, lo cual siempre es un consuelo, porque así los tengo entre-tenidos aprendiendo los unos el de los otros y viceversa. Como predije (suelo predecir en mi tiempo libre, es un pasatiempo divertido eso de fingir adivinar mis futuros designios), la fiesta era un rollo. La había montado un pintor que ni era pintor ni leches, cosa muy frecuente en Barcelona, por otro lado. Está repleta de gente que *no* es nada porque no tiene que trabajar para vivir, pero que a su entender ha hecho de todo. Sin embargo, dispuse una buena partida de especímenes hembras muy bonitos

en esta ciudad, porque los especímenes machos son un poco monotemáticos y así al menos los hago aparcarse con asiduidad.

El local era el taller privado del tal pintor. Por desgracia sus cuadros estaban recogidos y almacenados en un trastero cerrado con llave; hubiera sido divertido ver cómo terminaban embadurnados de cerveza y vómitos. Tal era el panorama decadente que se cernía sobre el antro: decenas de almas, procedentes en su mayoría de mala buena familia, poniéndose ciegas con los mejunjes más baratos. ¿Podéis creerlo? Me provocaba náuseas, pero al mismo tiempo me alegré de haber dado mi hijo en adopción a una familia humilde: el chico salió un poco desustanciado, pero al menos no trabajaba porque sabía de primera mano lo duro que es trabajar, y se dedicó a lo que se dedicó. El hijo de la gran puta.

Las únicas personas no pertenecientes a la clase burguesa de Barcelona, las únicas de origen y medios modestos, eran sudamericanas, que siempre pintaban bien en ese tipo de encuentros sociales, porque así los nativos tenían un mayor concepto de sí mismos, como ciudadanos tolerantes y abiertos a todas las razas y condiciones. El nivel de esta gente tampoco era muy alto que digamos: me presentaron a una chica peruana que aspiraba a ser instaladora (por aquel entonces todas las chicas con ínfulas aspiraban a ser instaladoras; ¿de qué?, eso me preguntaba yo también), a la que ya no creé con excesivas luces (aunque nunca llegué a prever que algún día me tendría que cruzar con ella), que, en una típica conversación de preliminares eróticos, lanzó una frase que en mi divina sapiencia fui capaz de concebir seguramente sólo tras muchas horas de insomnio y drogas: el mozalbeta que la pretendía le soltó que lo primero que le había llamado la atención de ella eran sus ojos (mentira); ella replicó que a los hombres lo que más les llamaba la atención eran los pechos de las mujeres (verdad, para eso los inventé, no te jode: lo de para amamantar vino después que ni pintado por el idiota del anfitrión), pero que en su caso lo que más llamaba la atención de ella era su culo (mentira: era su jeta de retrasada). El chico, blanco, claro —quiero decir blanco, naturalmente—, se hizo el ofendido y dijo que no, que eso no era verdad, que cómo iba a ser así. Y la chica dijo que sí sí, que en su caso era normal

que fuera su culo, porque su culo «existía más». Nunca me lo planteé de esta manera, pero en el fondo ella tenía razón: su culo sobresalía del resto porque existía más.

Ah, se me olvidaba (en realidad lo guardaba para ahora) añadir que el pintor anfitrión también era pincha-discos, que es la palabra que se utilizaba aquí años atrás para designar al que pincha discos, hasta que por elevar la categoría de tal actividad tergiversaron el nombre y lo transformaron en *disc jockey*, que tampoco suena muy fino, por lo que actualmente se dice *dj*. También me olvidaba añadir que en Barcelona todos los chicos entre veinte y cuarenta años son *djs* o se consideran tales. Unos subnormales con Vichy en las venas, vamos.

Mi nivel de adrenalina mal canalizada subió a tal punto que me planté delante del DJ Van Gogh y le vociferé por encima de la música que espabilara de una puñetera vez, El pobre hombre levantó su paniaguado rostro y se me quedó mirando de hito en hito, como ante una revelación celestial, calibrando si aquella situación era debida a mi estado de embriaguez o al suyo.

No puedo negar que yo también le había dado a la birra. Me llevó a ello el ambiente que se respiraba, repleto de humo de tabaco, negatividad y un ligero aroma a azufre. Sí, claro, mi némesis también estaba allí. Iba dis-frazado, por supuesto, en esta ocasión de joven diseñador con intenciones, pero no me engañó ni un segundo. Tenía que escoger la misma fiesta. Una vez apurada una de las cervezas, le lancé el casco vacío a la cabeza, como quien no quiere la cosa o no tiene libre albedrío: lo cal-cule para que cayera justo a un palmo de su cráneo, sobre la pared. Un simple toque de atención para que supiera que le había calado.

Él sí que me tenía calado a mí. Con sonrisa taciturna, se me acercó vadeando los errabundos meteoritos orgánicos que flotaban por la sala y al llegar a mi altura me propinó un codazo estudiadamente mariquita. Sabía por qué sonreía, el cabrón. Me había quitado la novia, años ha. Nada atrae más que la ambigüedad- Pero yo nunca lo había podido olvidar. Volví a echárselo en cara.

—¿Aún me vienes con ésas? Qué rencoroso eres, viejo. No soportas que mi lado femenino atraiga más mujeres que tu lado

masculino.

Me propuso hacer las paces. A fin de cuentas, ya no seguía con mi ex. Le había dejado por Buda, que tenía más labia. Eso hizo que olvidáramos un poco nuestras diferencias. Nada une como el desengaño (hoy estoy de un sentencioso, ¿eh?). Además, él también se hallaba hastiado de aquel ambiente.

—Me aburro como una ostra. Ven, vamos a un sitio más animado.

Ya era casi amanecida cuando salimos del taller; según mi compañero, eso no importaba, aunque en realidad no las tenía todas consigo. Intentamos pillar un taxi, pero en Barcelona nunca hay taxis, ni siquiera para dos putas estrellas como nosotros. Así que bajamos andando, mientras presionábamos <<Actualizar>> en los días ajenos al conocimiento mutuo de nuestras andaduras.

Al parecer, las cosas no le iban muy bien a Lucifer. Todavía la echo de menos, me dijo, ni maricón ni pollas. Pues yo ni te cuento, le dije. Aún me hago pajas con las fotos que le saqué.

Le prometí que le pasaría alguna. Un ciclomotor estuvo a punto de arrollarnos cuando llegamos al límite con el barrio de Gracia. Sugerí a mi colega que el motorista desaprensivo se la pegara en la próxima curva. Luci ya lo había pensado y dicho y hecho.

—¿Adónde me llevas? —le pregunté luego, cuando ya habíamos salvado más de tres calles repletas de símbolos contra los nazis, viviendas ocupadas ilegalmente y pasquines de manifestaciones antifascistas—. Este sitio me da repelús.

—Sí, a mí también. No soporto que las líneas se des-dibujen,

Al final, se detuvo ante una vieja casa de una sola planta. Sobre su fachada, alguien había pintado en forma de grafitti el nombre del local: CASA CULTURAL INDEPENDENTISTA. La persiana de la entrada estaba a medio bajar, lo cual significaba que, con toda probabilidad, dentro aún había gente. Luci me hizo señal de que siguiera su ejemplo y se inclinó para pasar al otro lado. Yo también lo hice.

En efecto, allí todavía alborotaba una juerga de mucho cuidado. Quince o veinte jovencitos borrachos reían y levantaban emocionados la vista, brindando por la libertad de su país. Eran todos muy feos y vestían muy mal, con camisas de basto tejido y

bufandas marroquíes- Las chavalas daban especial grima: parecían muy sucias, la piel sudorosa y el pelo largo y espeso.

Mi acompañante se agenció una birra en un vaso de plástico. Al parecer, eran gratis, En un extremo del des-tartalado local, unos chicos evidentemente extranjeros, más civilizados y pulcros, intentaban comprender algo de lo que los fiesteros indígenas les farfullaban.

—/... Me... *This is a country, yon understand? This is no Spain.*

Me situé al lado de una rubia danesa y le expliqué en cristiano lo que la pulgosa catalana le intentaba expresar. Le dije que aquellos idiotas eran nacionalistas y deseaban la independencia política de su tierra: tradicionalistas de izquierdas, vamos. La chica se rió conmigo. Quizá tenía alguna oportunidad.

La otra me dio las gracias por traducirle. Es que el inglés no era lo suyo, me aclaró. ¿Y de dónde era yo? ¿Sabía que estaba en un país independiente? Sí, por supuesto, le respondí. Me encanta este país y su lengua. Llevaba poco tiempo aquí, había venido desde Chile por patas, pero la aprendería enseguida. Ella se alegró de saber que yo era chileno: ambos teníamos un enemigo común, ¿verdad?, me dijo guiñando un ojo y pronunciando más lento.

Satanín si que estaba adelantando con una garrula vasca que venia de visita. Pronto los ánimos se licuaron en entusiasmo y nos lanzamos todos a bailar y botar al ritmo de un baile llamado *ska*, jaleando a docenas de terroristas estampados en carteles como único público, muy respetuoso por lo demás. <<¡Gora ETA, gora ETA!>>, aullaban fervorosos los acólitos del bar, y tanto Luci como yo nos unimos al jolgorio y a la consigna, cada uno por distintos motivos: a él porque ya le interesa fomentar el descarrío, a mí porque mis caminos siempre suelen ser bien inescrutables. Me gusta el misterio. Aun-que. bien mirado, acababa de descubrir que a cada grito te llenaban de nuevo el vaso de birra, así que, ¿por que no?

—¿Qué opinas? —me preguntó Luci.

—¡Que son una banda de hijosdeputa! —contesté yo.

Luci pensó que yo era un poco desagradecido y que aquella cerveza estaba un poco aguada. Claro, desentiéndete, mamón: él no tenía luego que aguantarlos allá arriba después de que se lavaran las manos con un quitame allá esa contrición y aquí no ha pasado nada; casi ninguno iría al infierno, ni siquiera eran malos, sólo eran gilipollas, que es peor, y los gilipollas me los quedo yo, ése fue el trato original con Luci. De todas formas se le veía

un poco de bajón por nuestro triángulo amoroso, así que me apresuré a añadir:

—¡Al menos éstos saben divertirse!

Asintió y me cogió de un hombro para seguir dando botes y eventualmente bailar un sirtaki Jugamos el resto de la noche a ver quién se quedaba con quién y a comparar poderes.

Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Hernanmigoya.com